

2005

“La virtud de Diotima” . Patricia Guzmán. *Con el ala alta. Poesía (1987-2003)*. Mérida, Ediciones, El otro, el mismo, 2004.

Mariella Nigro

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Nigro, Mariella (Primavera-Otoño 2005) ""La virtud de Diotima” . Patricia Guzmán. *Con el ala alta. Poesía (1987-2003)*. Mérida, Ediciones, El otro, el mismo, 2004.,” *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 36.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/36>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA VIRTUD DE DIOTIMA

Patricia Guzmán. *Con el ala alta. Poesía (1987-2003)*. Mérida, Ediciones El otro, el mismo, 2004.

*A cada paso mío se derrama la copa
(Con una mano me sostengo el corazón
Con la otra limpio los labios de quienes me aman)*

Patricia Guzmán

El texto con el que Luis Alberto Crespo prologa la obra reunida bajo el título *Con el ala alta* (Ediciones El otro, el mismo), de la poeta Patricia Guzmán, desentraña, con lucidez y elocuencia, la naturaleza metafísica de esta escritura que deja al descubierto el lado más divino de lo humano, este «idioma de rama desnuda», este «decir antiguo», como observa Crespo.

Tal vez por el epígrafe que abre una de las secciones, *Canto de oficio*, o la atmósfera de liturgia de *La Boda*, podría decirse que la poeta emite su voz al modo místico de San Juan de la Cruz, o que se eleva a un plano visionario y epifánico como Sor Juana Inés. Pero, a medida que avanzan los versos – corporales, viscerales, aporéticos –, es sólo su singular voz la que se oye, sin apelar a la glosa alegórica de San Juan, ni padecer el pecado que atormentara a Sor Juana en el devaneo de sus endechas.

Es un ritual devastador el de Guzmán, donde el diálogo con el Esposo, con el Ángel, con el Pájaro, con su Otro remite al lector a la oscuridad de lo sagrado, a la *hubris* de la poesía, dejando un sedimento ético con su liturgia perturbadora. *Canto de oficio, La Boda...*, desde los propios títulos hay un tenor de sacramento, de servicio espiritual, de celebración penitente y redentora. En su obra se exhibe sin pudores ese carácter sagrado que ha observado el poeta Jorge Arbeleche en la poesía, ubicándola entre la inteligencia y la gracia, entre *el principio ético y el principio del misterio*.

Patricia Guzmán ha creado un mundo autárquico, de leyes propias, donde la levedad del ser propicia la existencia de inéditas categorías de lo real: *He pasado toda la noche debajo de los pájaros / Voy a colocarle una*

piedra en la boca a cada muerto / (Para que no olviden el peso de vivir). Hay un presente pleno y un jardín oferente pero, a la vez, el escenario lírico es atópico y acrónico, no hay espacio ni tiempo que impongan sus vanos y empobrecidos cálculos terrenales: la escritura nace en una dimensión fenoménica, en el cruce de la herida con el lenguaje, entre la corporalidad sufriente y el ritual de un gozoso registro – escrito: *Agobiada por la fe, debo hablar de amor*.

No hay una escritura confesional, porque ésta posiblemente siempre se realiza en un plano real, empírico y hasta racional. Hay una experiencia de éxtasis, tan religioso como pagano (*Me sangra la boca cuando miro al cielo / Clara la sangre en lo alto de la llama*), una pasión corporal que, como en Blake o en Hölderlin – pero sin la traza de lo siniestro –, se desarrolla entre la realidad y el ensueño, y acciona algo entre delicioso y oscuro: *¿Serán estos delirios, delicias de Santo?* Si hay una delicia en ese ritual (*Me importa el conflicto de lo bello / No debo manchar la perfección / No debo manchar la gracia divina*); y una asunción de lo eterno (*Hay algo en mí que no ha terminado de nacer*), y a la vez de lo fallido: *Los ojos de amar no sé dónde los puse [...] Todo sigue oculto aunque lo vea*.

En una era de cuestionamientos de género y de la consideración de lo femenino en la escritura como categoría ideológica, *El Poema del Esposo* es, desde el propio título, estremecedor: es una altísima escritura amoratoria en la que se desecha todo prejuicio contra una práctica de adoración. Guzmán sabe que el pensamiento es tan profundo como la virtud amoratoria, y, con la melopea de sus versos – esa «voz oracular», «de sacerdotiza y oferente», como dice Crespo –, la poeta se aparece como Diotima enseñando a Sócrates la naturaleza del amor. Lo propicio, lo bello, la donación, la gracia, la gloria, la sabiduría, la prudencia ingresan a su protocolo poético, como una mayéutica del amor proferida por la preceptora de un gineceo antiguo, pero en la voz de una actualizada Diotima. Se expone una noética del amor, del mismo modo que del atributo de la herida. Amor y herida son los abrevaderos de la poesía de Patricia Guzmán.

Escritura órfica, como el canto al pájaro, al jardín y a la copa vacía de Rilke – correspondencia, junto a Blake que se señala desde el prólogo –, la poesía de Guzmán tiene la gracia del epigrama y la profecía, y el efecto encantatorio del rezo: *si es ángel vive en el árbol / Si es ángel está nervioso / Se le cae mi cuerpo de las manos / Pájaro pon más blanco en lo blanco más aire en el aire / Coloca pájaros en los floreros*. Es un canto claro, aunque dé «de sí», *lo oscuro*; ella sobrevive al desastre, aun abatida algún instante como Ofelia (*Debajo de mí / nada se mueve*); y llega alto el eco de su canto, aunque afirme que hay un lado sordo del cielo.

La herida del ángel (segunda parte de *Canto de oficio*) es un impresionante canto espiritual. Y aunque señale la distancia con el ángel (*El ángel me dio su espada para que le golpeará las alas / El ángel me come el pecho*), la

herida es joya roja sobre la propia piel de la poeta: *El vértigo soy yo* – la beatitud es suya –, ella es la *sola flor de tramo duro*. El ángel es el pájaro que es la copa que es la flor que es la poeta. De uno al otro hiende la espada su reluciente filo; y a todos les saca el ala que llevan oculta. La palabra es una espada transverberante.

Su palabra es performativa porque es un acto de fe en el lenguaje: *Si le hablo / pierde la cara, (...) sé que a la voz se la llama con la mano*. Su escritura da forma a la idea lesionada, al rastro de un interior profanado, a la memoria de la cicatriz, al agua curativa del pensamiento.

En el íntimo reducto de un libro luminoso, Diotima enseña la virtud de la herida.

Mariella Nigro